

Índice

<i>Mapa</i>	13
<i>Prefacio</i>	17
PRIMERA PARTE	19
Capítulo 1. La insurgencia de un solo niño	21
Capítulo 2. Corre como loco.....	31
Capítulo 3. El tornado de Torrance	37
Capítulo 4. Alemania, saqueada.....	47
Capítulo 5. En guerra	57
SEGUNDA PARTE	69
Capítulo 6. El ataúd volador	71
Capítulo 7. «Llegó la hora, muchachos»	87
Capítulo 8. «Sólo en la lavandería saben cómo estaba de asustado».....	99
Capítulo 9. Quinientos noventa y cuatro agujeros	113
Capítulo 10. Los seis apuestos	127
Capítulo 11. «Nadie sobrevivirá a esto»	137
TERCERA PARTE.....	145
Capítulo 12. Abatido.....	147
Capítulo 13. Perdido en el mar	153
Capítulo 14. Sed	163
Capítulo 15. Tiburones y balas.....	175
Capítulo 16. Cantando en las nubes.....	183
Capítulo 17. Tifón	193
CUARTA PARTE	201
Capítulo 18. Un cuerpo muerto que respira.....	203

INVENCIBLE

Capítulo 19. Doscientos hombres silenciosos.....	213
Capítulo 20. Un pedo para Hirohito	225
Capítulo 21. La fe	237
Capítulo 22. Conspiración en curso.....	245
Capítulo 23. Monstruo	255
Capítulo 24. Cazados.....	265
Capítulo 25. B-29	275
Capítulo 26. Locura.....	287
Capítulo 27. La caída.....	299
Capítulo 28. Esclavizados.....	305
Capítulo 29. Doscientos veinte golpes.....	315
Capítulo 30. La ciudad en llamas	323
Capítulo 31. La estampida desnuda	331
Capítulo 32. Cascadas de melocotones rosas.....	339
Capítulo 33. El día de la madre.....	349
 QUINTA PARTE	 361
Capítulo 34. La chica resplandeciente	363
Capítulo 35. El derrumbe.....	375
Capítulo 36. El cuerpo en la montaña	385
Capítulo 37. Cuerdas torcidas.....	393
Capítulo 38. Un silbato para llamar la atención	399
Capítulo 39. Amanecer	407
 <i>Epílogo</i>	 411
<i>Agradecimientos</i>	229

MAPA



OCÉANO

Naoetsu ■ JAPÓN

■ Omori
■ Ofuna

Midway

Isla
de Wake

ISLAS
MARSHALL

Kwajalein

ISLAS GILBERT

Makin

Howland

Nauri

Tarawa

Cantón

Funafuti

0 500 1000 Millas
0 500 1000 Kilómetros

PACÍFICO

ESTADOS
UNIDOS

CALIFORNIA

Torrance

ISLAS HAWAIIANAS

Kauai
Oahu
Hawaii

Atolón de Palmira



PREFACIO

Todo lo que él podía ver, en cualquier dirección, era agua. Corrían los últimos días de junio de 1943. En algún punto de la infinita expansión del océano Pacífico, el bombardero de la fuerza aérea y corredor olímpico, Louie Zamperini, se hallaba tendido sobre una pequeña balsa que flotaba hacia el oeste. Tirado junto a él estaba un sargento, uno de los artilleros de su avión. En otra balsa, atada a la primera, yacía otro miembro de la tripulación con una herida abierta que le atravesaba la frente. Sus cuerpos, quemados por el sol y manchados de amarillo por el tinte de la balsa, se habían consumido hasta parecer esqueletos. Los tiburones, a la espera, merodeaban restregando sus cuerpos contra las balsas.

Los hombres habían estado a la deriva durante veintisiete días. Transportados por una corriente ecuatorial, habían flotado por lo menos 1.000 millas adentrándose en aguas japonesas. Las balsas comenzaban a deteriorarse convirtiéndose en gelatina, y expedían un olor acre y penetrante. Los cuerpos de los hombres estaban llagados por la sal, y sus labios estaban tan hinchados que presionaban contra las narices y las barbillas. Pasaban los días con la mirada fija en el cielo cantando *Blanca Navidad* o hablando de comida en murmullos. Ni siquiera los buscaban ya. Estaban solos en sesenta y cuatro millones de millas cuadradas de océano.

Un mes antes Zamperini, a sus 26 años, había sido uno de los grandes corredores del mundo y muchos esperaban que fuera el primero en romper el récord de los cuatro minutos al recorrer la milla, una de las marcas más importantes en el mundo deportivo. Ahora su cuerpo olímpico se había reducido hasta pesar menos de cuarenta y cinco kilos y sus famosas piernas ni siquiera podían sostener su peso. A no ser por su familia, casi todos lo daban por muerto.

En esa mañana del día 27 los hombres escucharon un sonido metálico a la distancia. Cualquier especialista en aviación reconocería ese

sonido: pistones. Sus ojos captaron un destello en el cielo —un avión que volaba alto—. Zamperini disparó dos bengalas y arrojó colorante en polvo al agua, con lo que las balsas quedaron rodeadas por una brillante mancha anaranjada. El avión siguió su curso y desapareció lentamente. Los hombres quedaron hundidos en su desesperación. Pero el sonido volvió y pronto apareció de nuevo el avión. La tripulación los había visto.

Los náufragos agitaban los brazos, reducidos a poco más que huesos y piel amarillenta, y gritaban con las voces debilitadas por la sed. El avión descendió y pasó a un lado de las balsas. Zamperini pudo distinguir el perfil de los tripulantes, un perfil oscuro en contraste con el azul brillante.

Se produjo un estrépito aterrador. El agua y las balsas mismas parecían hervir. Se trataba de una ametralladora. No estaban ante un avión norteamericano de rescate. Era un bombardero japonés.

Los hombres se arrojaron al agua y trataron de permanecer juntos bajo las balsas, aferrándose a éstas conforme las balas perforaban el caucho de la embarcación para después trazar líneas efervescentes en el agua, muy cerca de sus rostros. El fuego siguió hasta agotarse una vez pasado el avión. Los hombres lograron subir de nuevo a una balsa que aún estaba inflada en su mayor parte. El bombardero dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia ellos. Cuando las alas volvieron a enderezarse, Zamperini pudo ver los cañones de las ametralladoras apuntando directamente a ellos.

Zamperini miró a sus compañeros. Estaban demasiado débiles como para volver a arrojar al agua. Se zambulló solo mientras los demás quedaban recostados en la balsa, cubriéndose la cabeza con las manos.

En algún sitio bajo sus pies los tiburones daban por terminada la espera. Nadaban apresuradamente para dar alcance al hombre que estaba debajo de la balsa.

PRIMERA PARTE



Imagen cortesía de Louis Zamperini. Tomada de una fotografía original de John Brodtkin.

LA INSURGENCIA DE UN SOLO NIÑO

Poco antes del amanecer del 26 de agosto de 1929 en el dormitorio trasero de una pequeña casa en Torrance, California, un niño de 12 años estaba sentado en su cama y escuchaba. Había un sonido proveniente del exterior y se hacía más fuerte cada vez. Se trataba de un pesado sonido que sugería inmensidad, una gran escisión en el aire. Provenía directamente de encima de la casa. El niño se bajó de la cama, corrió escaleras abajo, abrió de golpe la puerta trasera y se quedó de pie en el césped. El patio parecía de otro mundo, sofocado por una oscuridad antinatural y vibrante por el sonido. El niño permaneció de pie sobre el césped junto a su hermano mayor, la cabeza echada hacia atrás, hechizado.

El cielo había desaparecido. Un objeto del que solamente podía distinguir la silueta y que abarcaba un gran espacio formando un arco, estaba suspendido a baja altura sobre la casa. Era más largo que dos campos y medio de fútbol y parecía tan alto como los edificios de una gran ciudad. Tapaba las estrellas.

Lo que el niño miraba era el dirigible alemán llamado *Graf Zeppelin*. Con sus 244 metros de largo y 33 de alto era la máquina voladora más grande jamás fabricada. Mucho más lujoso que el mejor avión, capaz de deslizarse sin problemas por largos trayectos, construido a una escala que cortaba el aliento a los espectadores, era, en el verano de 1929, la gran maravilla del mundo.

La nave estaba a tres días de completar una proeza extraordinaria en el ámbito de la aeronáutica: circunnavegar el globo. El viaje había comenzado el 7 de agosto, cuando el zepelín soltó sus amarras en Lakehurst, Nueva Jersey, elevándose como un suspiro e iniciando la marcha en dirección a Manhattan. Ese verano, en la Quinta Avenida, comenzaba la demolición del hotel Waldorf-Astoria, con el fin de dejar el espacio libre para un nuevo rascacielos de proporciones sin precedentes: el Empire State. En el Yankee Stadium, en el Bronx, los jugadores estrenaban

uniformes con números para una mejor identificación: Lou Gehrig llevaba el número 4; Babe Ruth, cerca de batear su quingentésimo cuadrangular, llevaba el número 3. En Wall Street los precios de las acciones registraban un récord máximo.

Tras deslizarse lentamente alrededor de la Estatua de la Libertad, el zepelín se dirigió al norte y luego dio la vuelta en el Atlántico. En su momento la tierra volvió a aparecer debajo del aparato: Francia, Suiza, Alemania. La nave pasó sobre Núremberg, lugar en que el político del bigotillo, Adolph Hitler, acababa de pronunciar un discurso en favor del infanticidio selectivo —su partido nazi había arrollado en las elecciones de 1928—. Luego voló al este de Frankfurt, en donde una mujer judía de nombre Edith Frank cuidaba de su recién nacida, llamada Anna. En su viaje hacia el noreste el zepelín cruzó por encima de Rusia. Los aldeanos de Siberia, tan aislados que ni siquiera habían visto un tren, cayeron de rodillas ante semejante espectáculo.

El 19 de agosto el zepelín rodeó Tokio mientras cuatro millones de japoneses gritaban «*Banzai!*» y poco después aterrizó en un claro. Cuatro días más tarde, cuando los himnos alemán y japonés resonaban en el lugar, la nave se elevó para integrarse a una corriente de aire que soplaba a gran velocidad sobre el Pacífico, en dirección a América. Los pasajeros que se asomaban por las ventanas sólo pudieron ver la sombra de la nave que los seguía reflejada en las nubes, «como si fuera un enorme tiburón que nadaba a su ritmo». Cuando las nubes desaparecieron, los pasajeros vieron esa sombra reflejada en las aguas, como si se tratara de un monstruo gigante.

El 25 de agosto el zepelín llegó a San Francisco. Tras ser vitoreado a lo largo de la costa californiana, se deslizó en el atardecer, adentrándose en la oscuridad y el silencio para cruzar la medianoche. Pasó lentamente sobre Torrance, en donde sólo pudieron verlo algunas almas adormiladas, entre las que se contaba el niño en pijama que observaba desde el jardín trasero de su casa, ubicada en la Avenida Gramercy.

Debajo de la aeronave y sintiendo el césped en sus pies descalzos, el niño quedó estupefacto. Fue, según dijo, «atemorizantemente bello». Podía sentir el rumor de las máquinas de la nave surcando el aire, pero no distinguía el recubrimiento plateado, las majestuosas costillas ni la cola que semejaba a una aleta. Sólo distinguía la negrura del espacio que la nave ocupaba. Más que una gran presencia, era una gran ausencia, un océano geométrico de oscuridad que parecía tragarse al cielo mismo.

El nombre del niño era Louis Silvie Zamperini. Hijo de inmigrantes italianos, había llegado al mundo en Olean, Nueva York, el 26 de enero

de 1917, con un peso de 5,2 kilos y un pelo negro áspero como el alambre de púas. Su padre, Anthony, había vivido solo desde los 14 años, siendo en principio minero de carbón y boxeador para dedicarse después al trabajo en la construcción. Su madre, Louise, era una mujer pequeña y alegre que se había casado a los 16 años y tenía 18 cuando nació Louis. En su apartamento —en el que, por cierto, sólo se hablaba italiano— Louise y Anthony se referían a su hijo diciéndole *Toots*.

Desde el momento en que pudo caminar, Louie no soportó quedarse encerrado en su corralito. Sus hermanos lo recordaban deambulando o saltando por encima de animales, plantas o muebles. En cuanto Louise lo ponía en una silla y le pedía que estuviera quieto, el niño desaparecía. Si no llevaba a su hijo en brazos, la criatura se escapaba sin que ella supiera dónde estaba.

En 1919 cuando el pequeño Louie de 2 años estaba en la cama por una neumonía, logró escapar por la ventana de la habitación, descendió un piso y echó a correr calle abajo, perseguido por un policía que trataba de atraparlo mientras la gente miraba asombrada. Poco después, siguiendo el consejo de su pediatra, Louise y Anthony decidieron mudarse con los niños al cálido clima de California. Cuando su tren salió de la estación Grand Central, Louie echó a correr por todo el tren, llegó al último vagón y saltó. De pie, junto a su desesperada madre que miraba cómo el tren se alejaba, Pete, el hermano mayor de Louie, vio que éste corría por las vías para alcanzar el tren con perfecta serenidad. Cuando volvió a estar en brazos de la madre, Louie sonrió. «Sabía que regresarías», dijo el niño en italiano.

En California Anthony consiguió empleo como electricista de trenes y compró cerca de 2.000 metros de terreno en las afueras de Torrance, un poblado con 1.800 habitantes. Él y Louise se construyeron una casucha de una sola habitación en la que no había agua corriente, con un techo que goteaba tanto que debían poner cubos sobre las camas. El retrete estaba afuera, en la parte trasera. Dado que en lugar de cerraduras tenían sólo ganchos, Louise optaba por sentarse en una caja de manzanas cerca de la entrada, sosteniendo un rodillo para enfrentarse a cualquier merodeador que amenazara a sus hijos.

En ese sitio y en la casa de la Avenida Gramercy a la que se trasladaron un año más tarde, Louise mantuvo a raya a los merodeadores, pero no logró controlar a Louie. Apenas si se libró Louie de ser atropellado al correr para atravesar una calle muy transitada. A los 5 años empezó a fumar las colillas que encontraba en su viaje diario a la guardería. Comenzó a beber una noche, cuando tenía 8 años; cogió las copas de vino llenas que estaban en la mesa del comedor, se escondió debajo de la mesa y las vació. Luego salió de la casa trastabillando hasta caer en un rosal.

Un día Louise descubrió que Louie se había clavado una vara de bambú en la pierna; otro día tuvo que pedir a un vecino que cosiera el dedo del pie casi cercenado de su niño. En otra ocasión Louie se presentó cubierto de petróleo, pues se había puesto a escalar un pozo petrolero para luego tirarse de cabeza a un estanque aledaño. Estuvo a punto de ahogarse. Se necesitaron cuatro litros de aguarrás y mucha paciencia para restregarlo hasta poder reconocerlo de nuevo.

Le emocionaba poner a prueba sus límites, por lo que Louie era prácticamente indomable. Conforme creció, desarrolló una mente especialmente aguda y sus hazañas ya no le resultaban satisfactorias. Se podía afirmar que en Torrance había nacido la insurgencia de un solo niño.

Si era comestible, Louie lo robaba. Se ocultaba en los callejones con un rollo de alambre en el bolsillo para abrir cerraduras. Las amas de casa que se apartaban de sus cocinas regresaban a ellas para descubrir que sus cenas habían desaparecido. Los vecinos que observaban por la ventana de sus puertas traseras podían ver a un niño de piernas largas que se alejaba del callejón con un pastel en las manos. Cuando una familia de la localidad no invitó a Louie a una cena, él apareció en la casa, sobornó al gran danés de la familia con un hueso y les vació la nevera. En otra fiesta se dio a la fuga con un barril de cerveza. Cuando descubrió que las mesas de refrigeración de la pastelería Meinzer estaban a su alcance desde la puerta trasera, Louie empezó a abrir la cerradura para robar pasteles; comía hasta reventar y guardaba los sobrantes para usarlos como munición en emboscadas. Cuando lo imitaron algunos ladrones rivales, dejó de robar hasta que los ladronzuelos fueron atrapados, por lo que los dueños de la pastelería bajaron la guardia. Entonces dio la orden a sus amigos de que robaran de nuevo la Meinzer.

Prácticamente todas las historias de infancia de Louie terminaban con un «y entonces eché a correr como loco». Solía ser perseguido por las personas a quienes robaba, y por lo menos dos de sus víctimas amenazaron con dispararle. Para reducir al mínimo las evidencias encontradas cuando la policía le echaba el guante, ocultaba su botín en varios escondites situados por todo el pueblo, entre los que se contaba una cueva en la que cabían tres personas que él mismo había cavado en un bosque de las inmediaciones. Bajo el graderío del instituto de Educación Secundaria de Torrance, Pete encontró una vez una garrafa de vino que Louie había ocultado allí. Estaba repleta de hormigas ebrias.

En el vestíbulo del teatro Torrance Louie bloqueó con papel higiénico las ranuras para las monedas de los teléfonos públicos. Él regresaba con regularidad al teatro para meter un alambre tras las monedas atasca-

das en el mecanismo y lograr así llenarse las manos con cambio. Un chatarrero jamás imaginó que el muchacho italiano sonriente que le vendía un pedazo de cobre era el mismo que le había robado dicho pedazo la noche anterior. Cuando se enfrascó en una reyerta en el circo, descubrió que los adultos regalaban monedas a los chavales con tal de que se calmaran; desde entonces, Louie declaró una tregua con sus enemigos para fingir mejor las peleas ante extraños.

Para vengarse de un conductor de tranvía que no paró cuando él le hizo una señal, Louie engrasó los rieles. Cuando un maestro lo castigó en un rincón por escupir, Louie desinfló los neumáticos de su coche con pabillos de dientes. Después de establecer un récord legítimo con los boy scouts, por ser el scout que más rápido encendía las hogueras, Louie rompió su propio récord al empapar yesca en gasolina, mezclándola con cabezas de cerillas y causando una pequeña explosión. En otra ocasión robó el tubo de la cafetera de su vecino, subió a un árbol armado con moras y desde allí las escupió a través del tubo haciendo que las niñas del vecindario salieran corriendo.

Su obra magna se convirtió en leyenda. Una noche Louie subió al campanario de un templo baptista, ató la campana con alambre de piano y fijó el otro extremo del alambre a un árbol. Luego llamó a la policía, a los bomberos y a medio Torrance para que fueran testigos de cómo repicaba la campana espontáneamente. Los más crédulos del pueblo dijeron que estaban ante una señal de Dios.

Sólo una cosa lo asustó. Cuando transcurría el final de su niñez, un piloto aterrizó su aeronave cerca de Torrance y propuso a Louie subir para darle una vuelta. Uno esperaría que ese niño tan intrépido estuviera feliz, pero la velocidad y la altura lo espantaron. Desde entonces decidió que no quería tener nada que ver con los aviones.

En su muy accidentada infancia Louie hizo más que meras travesuras, pues definió al tipo de hombre que sería de adulto. Seguro de su ingenio, pleno de recursos y atrevido como para escapar de cualquier situación difícil, era casi imposible desalentarlo. Cuando la historia lo llevó a la guerra, este optimismo a toda prueba lo definiría.

Louie era veinte meses menor que su hermano, quien era justo lo contrario. Pete Zamperini era guapo, popular, una persona bien arreglada, educado con sus mayores y bondadoso con los de su edad, delicado con las chicas. Además contaba con muy buen juicio, de manera que, incluso siendo niño, hacía que sus padres le consultaran cuando trataban de tomar decisiones difíciles. En la cena retiraba la silla para que su madre se sentara, llegaba a las siete de la tarde a casa y metía el despertador en su

almohada para que Louie no se despertara con el ruido, pues compartían la cama. Se levantaba a las dos y media de la mañana para comenzar a repartir periódicos en una ruta que duraba cerca de tres horas. Guardaba todos sus ahorros en el banco, y los perdió en su totalidad cuando llegó la Gran Depresión. Tenía una voz extraordinaria, y el galante hábito de llevar imperdibles en el dobladillo de sus pantalones, por si rompía un tirante de alguna de sus compañeras de baile. En una ocasión salvó a una chica de perecer ahogada. Pete irradiaba una autoridad amable pero impactante que ejercía su influjo en quienes se encontraban con él, incluso entre los adultos. Su opinión contaba. Hasta Louie, que parecía haber hecho de la desobediencia su religión, hacía lo que Pete decía.

Louie idolatraba a Pete, quien lo cuidaba con celo paternal, al igual que a sus hermanas Sylvia y Virginia. Pero Louie era eclipsado por su hermano y escuchaba siempre el mismo cuento. Cuánto deseaban sus hermanas que Louie fuera más como Pete. Lo que más molestaba a Louie era que la reputación de Pete se convirtió, en parte, en un mito. Aunque las calificaciones de Pete eran poco más altas que los suspensos de Louie, el director de la escuela trataba a Pete como si fuera un alumno de calificaciones perfectas. La noche del milagro del campanario de Torrance, una linterna bien dirigida habría revelado las piernas de Pete colgando del árbol junto a las de Louie. Y Louie no era el único chico Zamperini al que se podía ver corriendo a toda velocidad por el callejón, con comida robada que había pertenecido a sus vecinos. Pero a nadie se le ocurrió jamás sospechar de Pete. «Nunca pillaban a Pete», dijo Sylvia. «A Louie siempre lo atrapaban».

Louie no parecía tener nada en común con los otros muchachos. Era un niño enfermizo y, durante sus primeros años en Torrance, sus pulmones estaban tan afectados por la neumonía que, cuando se organizaban días de picnic, las niñas podían dejarlo atrás en el trayecto. Sus facciones, aunque después llegarían a integrarse en un todo agradable, por el momento daban la impresión de ir cada cual por su lado, haciendo que su rostro resultara curioso, como diseñado por un comité. Sus orejas estaban situadas a los lados de la cabeza como si se tratara de pistolas enfundadas, y encima de las orejas tenía un pelo negro y calamitoso que lo mortificaba. Intentaba dominarlo con la plancha caliente de su tía Margie, se colocaba una media de seda en la cabeza por las noches o se echaba tanto aceite de oliva que las moscas lo seguían hasta la escuela. Nada funcionó.

Y luego estaba también su origen étnico. En el Torrance de 1920 se mostraba tal desdén por los italianos que, cuando los Zamperini llegaron, los vecinos pidieron al consejo de la ciudad que no los dejaran permanecer ahí. Louie, quien tenía conocimientos rudimentarios de inglés

hasta que cursó la escuela elemental, no podía ocultar su origen. Sobrevivió a la guardería encontrando protección en las faldas de su madre, pero llegado el primer año, cuando gritó «bruto bastardo» a otro chico, los profesores se lo hicieron pagar. Aumentaron su miseria haciéndole repetir el curso.

Era un niño marcado. Los chicos acosadores, atraídos por su origen distinto y esperando poder obligarlo a pronunciar maldiciones en italiano, le arrojaban piedras, se burlaban, lo golpeaban y lo pateaban. Trató de comprar su compasión con su almuerzo, pero seguían golpeándolo, dejándolo ensangrentado. Pudo haber escapado a las palizas huyendo a toda velocidad o llorando pero se negó a hacerlo. «Podías golpearlo hasta morir», dijo Sylvia, «y ni siquiera se quejaba o lloraba». Se limitaba a proteger su rostro con las manos y resistir.

Conforme Louie se acercaba a la adolescencia, cambió de forma radical. Huraño, se dedicaba a deambular por las afueras de Torrance haciendo amistad con los chicos más brutos que seguían sus órdenes. Desarrolló una fobia a los gérmenes que le llevó a impedir que la gente se acercara siquiera a su comida. Aunque podía ser un muchacho muy dulce, normalmente tenía muy mal humor y se mostraba desafiante. Fingía ser rudo, pero en secreto se sentía atormentado. Los muchachos que iban en grupo a alguna fiesta lo veían merodeando cerca de la entrada pero sin animarse a entrar.

Frustrado por su incapacidad para defenderse, decidió convertir esa debilidad en objeto de trabajo y esfuerzo. Su padre lo enseñó a entrenar con el saco de boxeo y le construyó una mancuerna pegando dos latas de café llenas a un tubo. La siguiente ocasión en que un compañero trató de abusar de Louie, él se agachó a la izquierda y le propinó un derechazo en la boca a su oponente. El acosador gritó al ver que le habían roto los dientes y huyó. Jamás olvidaría la sensación de orgullosa ligereza que experimentó en el camino hacia su casa.

Con el paso del tiempo el temperamento de Louie se volvió impredecible, sus malas pulgas y sus habilidades se fueron agudizando. Golpeó a una chica. Empujó a un maestro. Atacó a un policía con tomates podridos. Los muchachos que lo molestaban terminaban con los labios hinchados y los acosadores aprendieron a dejarlo en paz. En una ocasión se encontró a Pete enfrentándose a otro muchacho frente a su casa. Ambos chicos tenían la guardia alta y esperaban a que el otro atacara. «Louie no podía soportarlo», recuerda Pete. «Estaba ahí parado diciendo: “¡pégale Pete, pégale!”. Yo seguía ahí esperando y, de repente, Louie se vuelve y golpea a este tipo en el estómago. ¡Y después echó a correr!».

Anthony Zamperini estaba harto de la situación. Parecía que la policía estaba siempre en la puerta principal de la casa tratando de ajustarle las cuentas a Louie. No faltaban los vecinos con quienes disculparse y los daños que compensar con un dinero que no le sobraba a Anthony. Adoraba a su hijo, pero le exasperaba por su conducta. Con frecuencia Anthony daba fuertes azotes en el trasero a Louie. Una vez en que lo sorprendió metiéndose por la ventana a media noche, le dio una patada fuertísima en el trasero, tanto que lo levantó del suelo. Louie aceptó el castigo sin llanto y en silencio, para luego volver a cometer las mismas faltas, como si tratara de demostrar que podía hacerlo una vez más.

Su madre, Louise, optó por una táctica diferente. Louie era una copia de ella misma, hasta en el tono azul de los ojos. Si la empujaban, empujaba. Si el carnicero le vendía un mal corte de carne, ella iba a la carnicería con la sartén en la mano a reclamar. Amante de las travesuras, untó betún en una caja de cartón y se la regaló al vecino como si se tratara de un pastel de cumpleaños, quien sin demora clavó un cuchillo. Cuando Pete le dijo que tomaría aceite de ricino si ella le daba una caja de dulces, se mostró de acuerdo. Lo miró beber el aceite y luego le dio una caja de dulces vacía. «Sólo me pediste la caja, mi amor», dijo con una sonrisa. «Y eso es todo lo que tengo». Así que comprendía la beligerancia de Louie. En una celebración de Halloween ella se disfrazó como si fuera un niño y corrió por todo el barrio pidiendo dulces con Louie y Pete. Una pandilla, pensando que se trataba de uno de los duros del barrio, la tiró y trató de robarle los pantalones. La pequeña Louise Zamperini, madre de cuatro hijos, estaba metidísima en la lucha cuando los policías se la llevaron por pelear en las calles.

Sabía que castigar a Louie sólo provocaría su rebeldía, así que Louise adoptó una solución poco ortodoxa para tratar de reformarlo. Buscó un informante, para ello atrajo a los compañeros de clase de Louie con pasteles caseros hasta que dio con un chico tranquilo llamado Hugh que tenía una inclinación obvia por los pasteles. Con su ayuda Louise pronto estuvo al tanto de todo lo que hacía Louie. Los niños se preguntaban de dónde habría sacado los poderes sobrenaturales. Seguro de que Sylvia estaba espiando para su madre, Louie no quiso sentarse con ella en la mesa, condenándose a comer solo en la cocina, frente a la puerta abierta del horno. Una vez se enfadó tanto con ella que la persiguió alrededor de la manzana. Logrando correr más rápido que Louie por primera vez en su vida, Sylvia cogió el atajo del callejón para meterse en el taller de trabajo de su padre. Louie la sacó de ese sitio al amenazarla con dejarla cerca su serpiente-mascota de casi un metro de largo. Luego Sylvia decidió encerrarse en el coche familiar y no salió de ahí durante toda

una tarde. «Era un asunto de vida o muerte», dijo ella unos setenta y cinco años más tarde.

A pesar de su esfuerzo Louise no logró cambiar a Louie. Éste se escapó de su hogar y merodeó por San Diego durante días, durmiendo bajo un puente de la carretera. Trató de montar un ternero en el campo, y terminó estrellándose contra el borde de un árbol recién caído; cojeó con la rodilla herida envuelta en un pañuelo hasta llegar a casa. Los veintisiete puntos tampoco lograron domarlo. Golpeó tan fuerte a un chico que le rompió la nariz. Inmovilizó a otro chico y le metió toallas de papel en la boca. Los padres prohibían a sus hijos acercarse a él. Un granjero que estaba furioso por los robos de Louie, cargó su escopeta con sal en grano y le disparó en el trasero. Louie golpeó tanto a un muchacho que lo dejó inconsciente en una zanja, temeroso de haberlo matado. Cuando Louise vio la sangre en los puños de Louie, rompió a llorar.

Cuando Louie se preparaba para comenzar a estudiar bachillerato en Torrance, parecía más un joven peligroso que un muchacho travieso. El bachillerato constituiría el final de su educación académica. No había dinero para mandarlo a la universidad; el sueldo de Anthony solía acabarse unos días antes de que llegara el siguiente cheque, obligando a que Louise improvisara comidas con berenjena, leche, pan duro, hongos silvestres y conejos que Pete y Louie cazaban en el campo. Con suspensos en las calificaciones y con pocas capacidades, Louie no tenía oportunidades de obtener una beca. Tampoco era muy probable que consiguiera un empleo. La Gran Depresión había llegado, y la tasa de desempleo se encontraba cerca del 25 por ciento. Louie no tenía ambiciones. Si se le preguntaba qué deseaba ser de mayor, él respondía cosas como «vaquero».

En la década de 1930 Estados Unidos estaba obsesionado con la pseudociencia de la eugenesia y su promesa de mejorar la raza humana al quitar a los «no aptos» de la masa genética. Junto con los «débiles mentales», los locos y los criminales, se incluía también a las mujeres que habían tenido sexo fuera del matrimonio (lo que se consideraba una enfermedad mental), a los huérfanos, los discapacitados, los pobres, los que no tenían hogar, los epilépticos, los que se masturbaban, los ciegos y los sordos, los alcohólicos y las muchachas cuyos genitales excedían ciertas medidas. Algunos defensores de estas teorías eugenésicas recomendaban la eutanasia, y en algunos hospitales psiquiátricos, ésta se llevó a cabo en el caso de varias personas por medio de la «negligencia letal» o, dicho de otro modo, por medio del homicidio total. En un hospital psiquiátrico de Illinois los pacientes nuevos eran alimentados con leche de vacas infectadas con tuberculosis, con la creencia de que sólo morirían los inde-

seables. Cerca de cuatro de cada diez pacientes de este tipo morían. La herramienta más popular para llevar a cabo la eugenesia era la esterilización forzosa. La misma fue empleada para un montón de desdichados que, ya fuera por mal comportamiento o mala suerte, cayeron en manos de los gobiernos estatales. Durante 1930, cuando Louie comenzaba sus años de adolescencia, California cayó bajo el influjo de estas teorías eugenésicas, y llegaría al extremo de esterilizar a unas veinte mil personas.

Cuando Louie estaba en la adolescencia temprana un evento en Torrance mostró la cruda realidad en casa. Un muchacho del vecindario de Louis, que era «débil mental», fue institucionalizado y apenas salvado de la esterilización gracias al desesperado esfuerzo legal que emprendieron sus padres, financiados por los vecinos de Torrance. Con la tutoría de las hermanas de Louise el niño logró obtener calificaciones perfectas. Louie siempre estuvo cerca del centro de detención para menores infractores o de la cárcel, ya que al ser un chico problemático, un estudiante fracasado y un sospechoso italiano, era el típico caso que llamaba la atención de los eugenistas. De pronto comprendió el riesgo que estaba corriendo y se sintió fuertemente conmocionado.

La persona en la que Louie se había convertido no era, lo sabía, su auténtico yo. Hizo esfuerzos vacilantes por relacionarse con otros. Fregó el suelo de la cocina para sorprender a su madre, pero ella dio por hecho que Pete había realizado el trabajo. Cuando su padre estaba fuera de la ciudad, Louie revisó el motor del coche familiar, un sedán Marmon Roosevelt de ocho cilindros. Horneó galletas y las regaló; cuando su madre, harta del desorden en la cocina, lo sacó de la misma, él siguió cocinando en la casa del vecino. Regaló todo lo que había robado. «Tenía un gran corazón», dijo Pete. «Louie regalaba cualquier cosa, sin importar que fuera suyo o no».

Cada intento por regenerarse acababa mal. Terminó solo, leyendo novelas de Zane Grey y deseando ser parte de ellas como un hombre con su caballo en tierras fronterizas, un fuera de ley. Iba al cine para ver películas de vaqueros, pero perdía el hilo de las tramas al mirar las escenografías. Algunas noches arrastraba su cama hasta el patio para dormir solo. Otras veces se mantenía despierto en la cama bajo los carteles de la estrella de las películas de vaqueros, Tom Mix y su maravilloso caballo, *Tony*, sintiéndose atado a algo de lo que no podía librarse.

En la parte trasera del dormitorio escuchaba el paso de los trenes. Tumbado junto a su hermano oía el retumbante y grave sonido de los trenes que iban y venían. Ese sonido le erizaba la piel. Perdido en la fantasía, Louie se imaginó en un tren, penetrando en territorios desconocidos, empequeñeciendo a cada momento hasta desaparecer en lontananza.